

animarle a proseguir en la empresa, hice correr la especie de que indudablemente el autor del crimen y de los destrozos era un monomaniaco.

"También pensé que no quedando más que dos bustos, uno de ellos en Londres, éste sería el primero que buscara el criminal. Previne, pues, a los dueños de él para evitar un nuevo crimen, y ya vieron el resultado que obtuve.

"La noche de la detención adquirí la seguridad de que Bepo buscaba la perla de los Borgia. El nombre del muerto era una prueba indiscutible. Ya no quedaba más que un busto: el de Reading. En éste debía estar la perla. Le propuse la venta a su dueño, y... *Voilà!*"

Hubo una pausa. Lestrade y yo estábamos mudos de asombro.

—Muchos y muy difíciles asuntos le he visto resolver, señor Holmes —dijo Lestrade al cabo de un rato—; pero ninguno tan maravilloso ni tan admirable como éste. En Scotland Yard todos estamos orgullosos de que usted nos ayude en nuestras empresas; y si mañana se digna ir allá, desde el primer inspector hasta el último agente se disputarán el honor de estrecharle la mano.

Holmes volvió la cabeza para ocultar su emoción.

—Gracias, gracias —balbuceó.

Un segundo después había recobrado su sangre fría habitual, y tendiendo la mano a Lestrade, dijo:

—¡Bah! Esto no tiene importancia. Si me necesita para algo más, tendré mucho gusto en servirle. ¿Quiere tener, amigo Watson, la bondad de guardar esa perla en sitio seguro? Todavía antes de cenar tendré tiempo de estudiar ese asunto de Cork-Singleton.

El Vampiro de Sussex

Holmes había leído atentamente una carta que acababa de traerle el último correo. Después, con la risa seca que en él era lo que más se aproximaba a la carcajada, me la entregó.

—Creo que esto llega al extremo límite para una combinación de lo moderno y lo medieval, de lo práctico y lo más locamente fantástico —dijo—. ¿Qué opina usted, Watson?

Entonces leí lo que sigue:

46, Old Jewry, noviembre 19.

LA CAUSA DE LOS VAMPIROS

Señor: Nuestro cliente el señor Robert Ferguson, de la entidad Ferguson y Muirhead, exportadores de té, de Mincing Lane, con esta misma fecha nos ha dirigido, mediante una comunicación, varias preguntas referentes a los vampiros. Como nosotros únicamente nos hemos especializado en la tasación de maquinaria, este asunto no entra en nuestra esfera de actividad y, por consiguiente, hemos recomendado al señor Ferguson que vaya a visitar a usted y le exponga el caso. No hemos olvidado su afortunada intervención en lo del Matilda Briggs.

Somos de usted, atentos SS. SS.

Morrison, Morrison Dodd
P.P., E.J.C.

—Matilda Briggs no es el nombre de una joven, Watson —dijo Holmes, recordando—. Es el de un barco que estuvo relacionado con la rata gigante de Sumatra, una historia para la cual el

mundo no está preparado todavía. Pero, ¿qué sabemos nosotros de vampiros? ¿Acaso es asunto que entra en nuestro radio de acción? Todo es preferible a estar sin hacer nada; pero, en realidad, parece que nos quieren hacer intervenir en un fantástico cuento de Grimm. Alargue el brazo, Watson; y vea lo que nos dice la V.

Me incliné hacia atrás y cogí el gran índice que acababa de mencionar Holmes; se lo puse encima de las rodillas y sus ojos recorrieron lenta y cuidadosamente el registro de casos anteriores, entre los que se hallaban mezclados todos los informes acumulados durante su vida.

—Viaje del *Gloria Scott* —leyó—. Aquello fue un mal negocio. Creo recordar que usted hizo una información acerca de ello, Watson, pero no pude felicitarle por los resultados. Víctor Lynch, el falsificador. Un mal bicho. ¡Caso notable, en verdad! Vittoria, la bella del circo. Vanderbilt y el Yeggman. Víboras. Vigor, el asombro de Hammersmith. ¡Hola!, ¡hola! Excelente índice. Es insubstituible. Escuche esto, Watson. Vampirismo en Hungría. Y más aún, vampirismo en Transilvania.

Volvió las páginas ávidamente y después de un breve intento de lectura, apartó el enorme libro con un gruñido de desencanto.

—¡Todo esto es paja, Watson, todo es paja! Qué nos importan a nosotros esos fantasmas errantes, que sólo pueden retenerse en la tumba clavándoles una estaca en el corazón. Esto es una verdadera locura.

—Pero —dije yo— ¿es que un vampiro tiene que ser necesariamente un fantasma? También un vivo puede tener ese hábito. He leído, por ejemplo, que hay personas viejas que chupan la sangre de jóvenes para apoderarse de su juventud.

—Tiene usted razón, Watson. La leyenda hace referencia a estas cosas. Pero, ¿cree que debemos prestarles gran atención? Nuestra agencia sólo se dedica a cosas positivas, y es imposible

cambiar su carácter. El mundo es suficientemente grande y hay lugar para todos. No es menester recurrir a los fantasmas. Me parece que no podemos tomar muy en serio al señor Ferguson. Tal vez sea suya esta carta y nos dé algunos indicios de lo que tanto le preocupa.

Cogió otra carta que había quedado encima de la mesa mientras estuvo ocupado con la primera. Empezó a leerla, sonriendo, divertido, pero gradualmente su semblante fue expresando mayor interés y atención. Cuando hubo terminado, quedóse pensativo durante algún tiempo con la carta en la mano. Finalmente, se estremeció y salió de su ensimismamiento.

—Cheeseman's, Lamberley. ¿Dónde está Lamberley, Watson?

—En Sussex, al sur de Horsham.

—No está muy lejos, ¿eh? ¿Y Cheeseman's?

—Conozco esa región, Holmes. Hay en ella muchos caserones antiguos, que llevan aún el nombre del que los construyó hace siglos. Se encuentran allí Odley's, Harvey's y Carriton's... Las gentes han caído en el olvido, pero sus nombres viven con sus casas.

—Eso es —dijo Holmes fríamente.

Una de las peculiaridades de su naturaleza orgullosa y concentrada era que, aunque catalogaba en su mente con mucha rapidez y precisión todo nuevo informe, raras veces expresaba su agradecimiento por ello.

—Me parece que antes que se termine este asunto sabremos muchas más cosas acerca de Cheeseman's, Lamberley. La carta, como había esperado yo, es de Robert Ferguson. De paso solicita serle presentado a usted.

—¡A mí!

—Mejor será que la lea usted mismo.

Me tendió la carta, que llevaba el mismo encabezamiento que la anterior.

Distinguido señor Holmes: Mis abogados me han recomendado a usted; pero el asunto es tan extraordinariamente delicado, que resulta muy difícil su discusión. Conciérne a un amigo mío, en cuyo nombre actúo. Este caballero se casó hará cosa de unos cinco años con una dama peruana, hija de un comerciante con el que había entrado en relaciones con motivo de la importación de nitratos. La dama era muy bella, pero el origen extranjero y la diferencia de religión causan siempre la separación de intereses y sentimientos entre marido y mujer; así es que después de algún tiempo, él se dio cuenta de que su amor se había enfriado y llegó a considerar aquella unión como un error. Comprendía que había ciertas facetas del carácter de su esposa que jamás podría explorar o conocer. Esto resultaba mucho más doloroso por cuanto ella era la mujer más cariñosa que imaginarse pueda y al parecer estaba absolutamente enamorada.

Este punto, sin embargo, se lo aclararé mejor cuando hable con usted, pues esta carta sólo es en realidad para darle una idea general de la situación y asegurarme de si querrá usted interesarse en este caso. La dama empezó a hacer algunas manifestaciones curiosas, completamente contrarias a su carácter de ordinario apacible y a su natural benévolo. Este matrimonio es el segundo que ha contraído este caballero, teniendo un hijo del primero, que actualmente cuenta quince años de edad y es un joven simpático y afectuoso, pero lisiado por un accidente sufrido durante su infancia. Dos veces se ha sorprendido a la esposa en el acto de maltratar de la manera más injusta a este pobre muchacho. En una ocasión lo golpeó con un palo y le produjo un enorme cardenal en un brazo.

Esto, sin embargo, es de escasa importancia comparado con la conducta que observa con su propio hijo, un niño delicioso, que apenas tiene un año. Hará cosa de un mes, la nodriza se lo dejó solo durante unos momentos, pero un grito de dolor

lanzado por la criatura la hizo volver a su lado, y cuando entró corriendo en la habitación, vio a la madre inclinada sobre el niño y al parecer mordiéndole el cuello, donde tenía una pequeña herida de la que manaba abundante sangre. La nodriza se horrorizó de tal modo, que quiso llamar al marido; pero la dama le suplicó que no lo hiciese, y efectivamente le dio cinco libras como premio a su silencio. No hubo más explicaciones y la cosa no pasó de aquí.

No obstante, dejó una horrible impresión en el ánimo de la nodriza, que desde entonces empezó a observar atentamente a su ama y a vigilar celosamente al niño, al que quiere con ternura. Le pareció que así como ella vigilaba a la madre, ésta la vigilaba a ella, y que cada vez que se veía obligada a salir, la señora hacía lo posible por acercarse a su hijo. Día y noche cuidaba del niño la nodriza, y la madre constantemente parecía acechar en silencio como el lobo acecha al cordero. Esto tal vez lo tenga usted por increíble y, sin embargo, le ruego que lo tome en serio, pues de ello dependen la vida de un niño y la razón de un hombre.

Finalmente, llegó el día tan temido en que ya no pudo ocultarse la verdad al esposo. La nodriza había perdido el dominio; ya no pudo resistir por más tiempo aquella tensión y se lo confesó todo a su amo. A él se le antojó tan disparatada la historia, que aún ahora no acierta a darle crédito. Sabía que su mujer era una esposa amante, y aparte los malos tratos dados a su hijastro, siempre había sido una buena madre. ¿Por qué, pues, habría de herir a su propio hijito? Le dijo a la nodriza que estaba soñando, que sus sospechas eran propias de una loca y que resultaba intolerable que calumniase así a su ama. Mientras hablaban oyeron de pronto un grito de dolor. Amo y nodriza corrieron juntos al cuarto del niño. Imagínese, señor Holmes, la impresión del padre al ver levantarse a su esposa de junto a la cuna donde estuvo arrodillada y notar que el niño

tenía sangre en el cuello y que igualmente estaba ensangrentada la sábana. Con una exclamación de horror volvió el rostro de su mujer hacia la luz, y pudo convencerse de que también tenía los labios manchados de sangre. Ya no cabía duda de que era ella la que se bebía la sangre de la pobre criatura.

Así están las cosas; la madre ha quedado confinada a sus habitaciones, sin que mediara explicación alguna, y el marido está medio loco. Ni él ni yo sabemos nada acerca del vampirismo. Creíamos únicamente que era alguna leyenda fantástica de otras tierras. Y, sin embargo, aquí, en el mismo corazón de Inglaterra, en Sussex... Bueno, de todo esto hablaremos mañana por la mañana. ¿Querrá usted recibirme? ¿Quiere usted emplear su gran talento para ayudar a un hombre enloquecido? De ser así, tenga la bondad de telegrafiar a Ferguson, Cheeseman's, Lamberley, y yo estaré en su casa a las diez.

*De usted atento S.S.
Robert Ferguson.*

P.S. —Creo que su amigo Watson jugaba rugby con el Blackheath cuando era yo medio centro del Richmond. Son los únicos pormenores de mi personalidad que puedo darle.

—Le recuerdo muy bien —dije al dejar la carta—. El gran Bob Ferguson, el mejor medio centro que jamás tuvo el Richmond. Siempre fue muy bueno, y es muy propio de su carácter ese interés que se toma por el asunto de un amigo.

Holmes me miró pensativo y sacudió la cabeza.

—Nunca alcanzo a ver hasta dónde es usted capaz de llegar, Watson —dijo—. Hay en usted posibilidades inexploradas. Ahora, como un buen muchacho, váya a poner el telegrama siguiente: “Estudiaremos su caso con mucho gusto”.

—¡Su caso!

—Evitemos que tome esta agencia por una casa de idiotas. No le quepa duda de que es su caso. Mande este telegrama y dejemos este negocio hasta mañana.

Al día siguiente, a las diez en punto de la mañana, llegó Ferguson a nuestro domicilio. El recuerdo que de él tenía era el de un hombre alto, de miembros ágiles, que le permitían correr a velocidades extraordinarias, haciéndole conseguir más de una victoria. Nada hay más doloroso en la vida que hallarse con la ruina de un atleta al que se ha conocido en la época más floreciente. Ahora habíase reducido su gran estatura, su cabello rubio era escaso y tenía los hombros caídos. Creo que yo también suscité en su ánimo emociones análogas.

—Hola, Watson —dijo, y su voz seguía siendo profunda y cordial—. No tienes el mismo aspecto que cuando te lancé sobre el público por encima de las cuerdas, en Old Deer Park. Supongo que yo también habré cambiado algo, pero más que nada, me han envejecido estos últimos días. Veo, por su telegrama, señor Holmes, que de nada me sirve pretender hacerme pasar por el representante de otra persona.

—Es más sencillo tratar directamente —dijo Holmes.

—Claro que sí, pero debe usted imaginarse lo difícil que resulta tener que hablar de la mujer que uno está obligado a apoyar y defender. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo ir a contar esta historia a la policía? Y, sin embargo, es necesario procurar la seguridad de los niños. ¿Será tal vez un caso de locura, señor Holmes? ¿Será algo que lleva en la sangre? ¿Ha visto usted nada semejante durante su larga experiencia? Por Dios, aconséjeme, pues estoy a punto de perder el juicio.

—Es muy natural, señor Ferguson. Bueno, siéntese, tranquilícese y conteste con toda claridad. Puedo asegurarle que está muy lejos de perder el juicio y confío que hallaremos alguna

solución. En primer lugar, dígame qué medidas ha tomado usted. ¿Sigue todavía su esposa cerca de los niños?

—Tuvimos una escena horrible. Ella es muy cariñosa, señor Holmes; si hay en el mundo una mujer que quiera a su marido con toda su alma, esa mujer es ella. Fue un golpe terrible para su corazón el que yo descubriese este increíble y espantoso secreto. Ni siquiera quiso hablar. No contestó a mis reproches y no hizo sino clavarme los ojos con una mirada de loca desesperación. Después huyó corriendo a su dormitorio y se encerró con llave. Desde entonces se ha negado a verme. Tiene una doncella que ya estaba a su servicio antes de casarse, llamada Dolores, que es más bien una amiga que una sirvienta, y ésta es la que le entra la comida.

—Entonces, ¿el niño no está en peligro de inmediato?

—La señora Mason, la nodriza, ha jurado no dejarlo de día ni de noche. Puedo fiarme de ella en absoluto. Estoy menos tranquilo respecto del pequeño Jack, pues, como ya le dije en mi carta, le ha acometido dos veces.

—Pero ¿no lo ha herido nunca?

—No; sólo lo golpeó ferozmente. Esto es más terrible, por cuanto el pobre está lisiado y es completamente inofensivo.

—Las facciones escuálidas de Ferguson se dulcificaron al hablar del muchacho—. Crea que su estado inspira compasión a cualquiera. Le proviene de una caída que tuvo cuando pequeño, a consecuencia de la cual se le desvió la columna, pero posee un corazón excelente, señor Holmes.

Éste había cogido la carta del día anterior y volvía a leerla.

—¿Qué otras gentes tiene usted en casa, señor Ferguson?

—Dos criadas, que hace poco están con nosotros; un mozo de cuadra, Michael, que duerme en casa; mi esposa, yo, mi hijo Jack, el niño, Dolores y la señora Mason. Éstos son todos los habitantes de la casa.

—Creo adivinar que no conocía usted bien a su esposa cuando se casó.

—Sólo la había tratado durante unas pocas semanas.

—¿Cuánto tiempo hace que está con ella su doncella Dolores?

—Varios años.

—Entonces ella debe conocer mejor el carácter de su esposa que usted mismo.

—En efecto, así es.

Holmes tomó una nota.

—Me parece —dijo— que será más útil mi presencia en Lamberley que aquí. Este caso es de los que requieren una investigación personal. Puesto que la señora permanece en su habitación, nuestra presencia no la molestará ni resultará inconveniente. Por supuesto que nosotros iremos a la fonda.

Ferguson pareció tranquilizarse con esto.

—No esperaba menos de usted, señor Holmes. Si puede usted venir, a las dos sale un tren de la estación Victoria.

—Naturalmente que podemos. Estos días, precisamente, no tengo trabajo y puedo dedicarle todas mis energías. Watson, desde luego, viene con nosotros. Pero antes de partir quiero asegurarme sobre ciertos detalles. Según he creído comprender, esa desdichada señora parece que ha atacado a los dos niños simultáneamente.

—Eso es.

—Sin embargo, estos ataques adoptan diferentes formas, ¿verdad? Ha golpeado al hijo de usted.

—Una vez con un bastón y la otra ferozmente con sus propias manos.

—¿No dio ninguna explicación del motivo que la habría inducido a ello?

—Sólo dijo que lo odiaba, y lo repite continuamente.

—Bueno, esto no es nuevo entre madrastras. Se podría decir que son unos celos póstumos. ¿Acaso es celosa por naturaleza esa señora?

—Sí, mucho, con toda la violencia de su amor tropical.

—Pero el muchacho, que ya tiene quince años, y probablemente muy desarrollada la inteligencia, por lo mismo que su cuerpo se halla muy limitado de acción, ¿no ha dado tampoco ninguna explicación acerca de estos ataques?

—El dice que no había razón para ello.

—¿Anteriormente se llevaban bien?

—No, jamás se han querido.

—Sin embargo, dice usted que él es afectuoso.

—No hay en el mundo hijo más cariñoso. Su vida está pendiente de la mía; sólo le preocupa lo que yo digo o hago.

De nuevo Holmes anotó algo, permaneciendo después durante un buen rato perdido en sus reflexiones.

—Seguramente antes de este segundo matrimonio usted y el muchacho serían buenos camaradas. Estarían ustedes muy unidos, ¿verdad?

—Mucho.

—Y el chico, siendo tan cariñoso por naturaleza, se habría consagrado al recuerdo de su madre.

—Por completo.

—Parece ser un muchacho muy interesante. Aún quisiera preguntarle otra cosa respecto de estos ataques. ¿Estas extrañas acometidas al pequeño coincidían con los malos tratos dados a su hijo mayor?

—La primera vez sí que fue así; parecía como si se hubiese apoderado de ella una locura y quisiera descargar su furor sobre ambos. La segunda vez sólo fue Jack la víctima. La señora Mason no tuvo nada que decir referente al niño.

—Ciertamente, esto complica las cosas.

—No le entiendo, señor Holmes.

—Es muy posible. Uno concibe teorías provisionales, y espera algún tiempo o un conocimiento más completo para exponerlas. Es una mala costumbre, señor Ferguson; pero la naturaleza humana es débil. Mucho me temo que su antiguo amigo le haya alabado exageradamente mis métodos científicos. De todos modos, según están las cosas en la actualidad, sólo puedo decirle que su problema no me parece insoluble y que puede esperarnos mañana a las dos en la estación Victoria.

Era la tarde de un día triste y brumoso de noviembre, en que después de dejar nuestro equipaje en "Chequers", Lamberley, recorrimos una callejuela azotada por el viento de esta tierra de Sussex, y finalmente llegamos a la antigua y solitaria quinta que habitaba Ferguson. El edificio era de grandes dimensiones y estaba muy disperso; en el centro era muy antiguo, y nuevo en las alas, con elevadas chimeneas de estilo Tudor y agudos tejados cubiertos de liquen. El uso había curvado los peldaños de la escalera principal, y los antiguos azulejos que guarnecían el pórtico ostentaban un jeroglífico que representaba un hombre y un queso, de acuerdo con la profesión del que construyó la casa. En el interior los techos eran de gruesas vigas de roble, y los suelos, desiguales, tenían profundas depresiones. Llenaba todo el destartalado edificio un fuerte olor a mohos y ruinas.

Ferguson nos introdujo en una habitación muy grande del centro de la casa, donde en una enorme chimenea antigua, con una pantalla de fierro en la que se leía la fecha 1670, ardía y chisporroteaba un espléndido fuego de troncos.

Al mirar con más detención esta sala, observé que contenía

una singular abundancia de fechas y citas de lugares. Las paredes, cubiertas hasta su mitad de madera, eran de la época del acomodado labrador que habría construido la casa en el siglo XVII. Sin embargo, en su parte inferior había una hilera de acuarelas modernas del mejor gusto; mientras que arriba, donde el estuco amarillo substituía al roble, pendía una hermosa colección de utensilios y armas sudamericanos, que indudablemente había traído consigo la dama peruana. Holmes se levantó con esa rapidez que le comunicaba su mente inquieta y los examinó cuidadosamente. Luego volvió a sentarse, todo pensativo.

—¡Hola, hola! —exclamó.

En un cesto que había en un rincón se hallaba un perro de aguas, que al ver a su amo se le acercó caminando con dificultad. Movía las patas con irregularidad y el rabo lo arrastraba por el suelo. Fue a lamer la mano de Ferguson.

—¿Qué cree que puede ser esto, señor Holmes?

—¿Lo del perro? ¿Qué le pasa?

—Esto es lo que tiene intrigado al veterinario. Una especie de parálisis. Supone que es una meningitis del espinazo; pero ya está mejor. Pronto se hallará bien del todo, ¿verdad, *Carlo*?

Un estremecimiento que equivalía a una afirmación agitó el mustio rabo. Los ojos tristes del perro pasaron de uno a otro de nosotros, como si comprendiese que hablábamos de él.

—¿Esto le apareció bruscamente?

—En una noche.

—¿Hace mucho tiempo?

—Cosa de cuatro meses.

—Es muy raro, muy interesante.

—¿Qué ve usted en todo ello, señor Holmes?

—Una confirmación de lo que ya había pensado.

—Por Dios, ¿qué supone usted, señor Holmes? ¿Lo que para

usted no es más que un enigma, es para mí cuestión de vida o muerte! Mi mujer es una supuesta asesina... ¡Mi hijo se halla en constante peligro! No juegue conmigo, señor Holmes, esto es terriblemente serio.

El fuerte medio centro del rugby temblaba de pies a cabeza. Holmes le puso la mano en el hombro para animarle.

—Mucho me temo que cualquiera que sea la solución, señor Ferguson, resulte dolorosa para usted —dijo—. Yo quisiera evitarle toda la pena posible. Por el momento no puedo decirle más, pero antes de salir de esta casa espero haber logrado algo definitivo.

—¡Dios lo quiera! Si ustedes me permiten, caballeros, subiré a la habitación de mi esposa para ver si hay alguna novedad.

Estuvo fuera unos minutos, que Holmes aprovechó para examinar las curiosidades que había en las paredes. Cuando volvió nuestro huésped, seguido de una muchacha alta, delgada y de piel oscura, comprendimos, por su aspecto deprimido, que no había adelantado nada.

—El té está preparado, Dolores —dijo Ferguson—. Procuraré que tu ama tenga todo lo que necesite.

—La señora está muy enferma —exclamó la muchacha, mirando indignada a su amo—. Ella no pide comida. Está muy enferma. Necesita un doctor. Yo tengo miedo de verme con ella sin un doctor.

Ferguson me dirigió una mirada interrogadora.

—Tendría mucho gusto en serle útil.

—¿Tu ama querría recibir al doctor Watson?

—Yo le llevo conmigo sin pedirle permiso. Ella necesita un doctor.

—Pues, voy con usted ahora mismo.

Seguí a la muchacha, que temblaba a causa de la fuerte emoción; subimos la escalera y atravesamos un viejo corredor, a cuyo

extremo hallamos una puerta maciza y claveteada. Al mirarla, se me ocurrió que si Ferguson hubiese querido penetrar a la fuerza en el departamento de su esposa no habría sido empresa fácil. La muchacha sacó una llave del bolsillo, y las pesadas hojas de roble rechinaron sobre sus goznes. Entré y ella me siguió rápidamente, quedándose para sostener la puerta.

En la cama se hallaba una mujer que, según todas las apariencias, era presa de una fiebre altísima. Estaba medio desvanecida; mas cuando entré yo, abrió unos ojos asustados, pero hermosos, que me miraron con desconfianza. Al ver a un extraño pareció sentirse aliviada, y volvió a hundirse en la almohada con un suspiro. Di unos pasos hacia ella, tranquilizándola con breves palabras, y mientras le tomé el pulso y la temperatura, permaneció quieta. Tanto el uno como la otra, eran elevados y, sin embargo, mi impresión fue que aquello era debido más bien a una excitación nerviosa que a una enfermedad.

—Hace dos días que está así. Tengo miedo que se muera —dijo la muchacha.

La mujer volvió hacia mí su bello rostro enrojecido por la fiebre.

—¿Dónde está mi esposo?

—Abajo, y desea verla.

—¡No quiero verlo, no quiero verlo! —Entonces pareció delirar nuevamente—. ¡Es un demonio!, ¡un demonio! ¡Oh!, ¿para qué habría de verlo?

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No, nadie puede ayudarme. Todo ha terminado; todo está destruido. Haga lo que haga, todo está destruido.

Aquella mujer debía sufrir los efectos de una alucinación. Yo no podía imaginarme al honrado Bob bajo el aspecto de un demonio.

—Señora —dije—, su esposo la quiere y está afligidísimo por todo lo que pasa.

De nuevo me clavó aquellos ojos maravillosos.

—Me quiere, sí, ¿pero no lo quiero también yo? ¡Si me sacrifico sólo por no destrozarle el corazón! Así es como lo quiero; y, sin embargo, él ha podido sospechar y hablar de mí como la ha hecho.

—Está muy apesadumbrado, pero no comprende nada.

—No, no lo puede comprender, pero debía tener confianza en mí.

—¿Quiere verlo? —volví a sugerir.

—No; me es imposible olvidar sus terribles palabras y las miradas de aquellos ojos. No quiero verlo. Váyase, nada puede usted hacer por mí. Dígame sólo una cosa: que quiero a mi hijo. Yo tengo derecho a mi hijo. Eso es lo único que puede decirle de mi parte.

Se volvió de cara a la pared y ya no habló más.

Bajé de nuevo al salón de la planta baja, donde Holmes y Ferguson continuaban sentados junto al fuego. Ferguson escuchó pensativo mi relato de la entrevista.

—¿Cómo puedo enviarle el niño? —dijo—. ¿Cómo puedo saber qué extraño impulso va a acometerla? ¿Cómo es posible olvidar la sangre que manchaba su boca al levantarse del lado de la cuna? —Tembló al recordarlo—. El niño está seguro con la señora Mason, y con ella debe seguir.

Una elegante doncella, lo único moderno que vimos en la casa, trajo el té. Mientras lo servía, se abrió la puerta y un joven entró en la habitación. Era un muchacho interesante, de cabello rubio y rostro pálido, con ojos azules, incitantes, que ardían con una súbita llama de emoción y alegría cuando se posaban sobre su padre. Corrió hasta él y le echó los brazos al cuello, con el abandono de una muchacha enamorada.

—¡Oh papáito! —exclamó—. No sabía que estuvieses aquí, si no, ya hubiese venido antes. ¡Oh qué alegría tengo de verte!

Ferguson lo apartó dulcemente, como si sintiera cierta turbación.

—Querido chiquillo —dijo, acariciándole la dorada cabeza con ternura—, he llegado pronto, porque he podido persuadir a mis amigos, el señor Holmes y el doctor Watson, para que viniesen a pasar una noche con nosotros.

—¿Es el señor Holmes, el detective?

—Sí.

El joven nos clavó una mirada que a mí me pareció poco amistosa.

—¿Dónde está su otro hijo, señor Ferguson? —preguntó Holmes—. ¿Podremos conocer al nene?

—Di a la señora Mason que lo traiga —dijo Ferguson.

El muchacho salió con paso vacilante, por el que mis ojos de cirujano adivinaron una debilidad de la columna. Pronto volvió, y tras él entró una mujer alta y delgada, que llevaba en brazos a un niño hermosísimo, de ojos oscuros y cabello rubio, bello resultado de la unión de la sangre sajona y latina. Evidentemente, Ferguson lo quería en forma apasionada, porque lo cogió y acarició con ternura.

—Parece mentira que haya quien tenga valor de hacerle daño —murmuró, al fijar los ojos en la señal roja que se veía en el cuello del angelito.

En aquel momento dirigí por casualidad la vista hacia Holmes y observé que su rostro expresaba una extraña tensión y tan pálido que parecía una escultura de marfil. Sus ojos, que durante un instante habían estado fijos en el padre y el niño, se clavaban ahora con curiosidad en algo que debía haber al otro lado del salón. Siguiendo esa dirección, sólo pude suponer

que miraba por la ventana al jardín húmedo y melancólico. Era cierto que un postigo estaba cerrado por la parte de afuera y obstruía la vista, pero no lo era menos que Holmes concentraba su atención en la ventana. Después sonrió y volvió a mirar al niño. En el cuello regordete se veía la marca roja. Sin hablar, Holmes la examinó atentamente; al fin estrechó el puñito lleno de hoyuelos que se movía ante él.

—Adiós, hombrecito. Has hecho una entrada bien singular en el mundo. Nodriza, desearía hablar, particularmente, con usted.

Se fue aparte con ella y hablaron seriamente durante unos minutos. Sólo pude oír las últimas palabras, que fueron: “Espero que su inquietud se convertirá pronto en tranquilidad”. La mujer, que parecía desabrida y silenciosa, salió con el niño.

—¿Qué tal es la señora Mason? —preguntó Holmes.

—A primera vista no muy simpática, como ha visto usted, pero tiene un corazón de oro y adora al niño.

—¿Usted la quiere, Jack? —dijo, volviéndose de pronto hacia el muchacho, cuyo rostro expresivo se ensombreció al sacudir la cabeza.

—Jack es muy vehemente para querer y odiar —dijo Ferguson—. Por fortuna, yo soy uno de sus cariños.

El muchacho hundió la cabeza en el pecho de su padre. Ferguson le apartó suavemente.

—Márchate, pequeño Jack —dijo, y lo siguió con la mirada llena de cariño, hasta que hubo desaparecido—. Ahora, señor Holmes —continuó, cuando estuvimos solos—, siento realmente haberle hecho venir para una diligencia estúpida, pues, ¿qué puede usted hacer sino compadecerme? Desde su punto de vista, debe ser un asunto extraordinariamente delicado y complejo.

—Delicado lo es, en realidad —dijo mi amigo, sonriendo alegremente—, pero todavía no he hallado la complejidad. Éste

ha sido un caso de deducción intelectual, y cuando estas deducciones intelectuales se confirman punto por punto desde su origen, por medio de un número de incidentes independientes, entonces lo subjetivo se convierte en objetivo y se puede decir con seguridad que se ha conseguido el fin deseado. Realmente, lo había alcanzado ya antes de salir de Baker Street, y lo demás no ha sido sino observaciones y confirmaciones.

Ferguson se pasó la mano por la frente arrugada.

—¡En nombre del cielo, señor Holmes —dijo, con voz ronca—, si ve usted la verdad de todo esto, no me tenga más en suspenso! ¿Qué debo hacer? No quiero saber cómo ha hallado usted los hechos, si efectivamente ha acertado.

—Es verdad: le debo una explicación y se la voy a dar en seguida. Pero, ¿me permite usted dirigir el asunto según mi costumbre? ¿Está en condiciones de vernos la señora, Watson?

—Se encuentra enferma, pero tiene la cabeza despejada.

—Bueno, pues, sólo podemos aclarar las cosas en su presencia. Subamos a su habitación.

—¡A mí no quiere verme! —exclamó Ferguson.

—¡Oh, ya querrá! —dijo Holmes.

Escribió unas líneas sobre una hoja de papel.

—Usted que al menos tiene entrada, Watson, podría dar esta nota a la señora.

Volvió a subir y entregué la nota a Dolores, que abrió la puerta con precaución. Un minuto después oí un grito en el interior del dormitorio, un grito de alegría y sorpresa. Dolores salió, diciendo:

—Consiente en verlos y escucharlos.

Subieron Holmes y Ferguson, y cuando entramos en la habitación, éste avanzó dos pasos hacia su mujer, que se había sentado en la cama, pero lo rechazó con un gesto de la mano.

Se hundió entonces en una butaca, en tanto que Holmes se sentaba a su lado después de haber saludado con una reverencia a la dama, que lo miraba con los ojos dilatados por el estupor.

—Me parece que podemos prescindir de Dolores —dijo Holmes—. ¡Oh, muy bien, señora! Si usted prefiere que se quede, no tengo inconveniente. Bueno, señor Ferguson, como yo tengo mucho trabajo, mis métodos tienen que ser rápidos y directos. La cirugía menos dolorosa es la más breve. Empezaré diciendo lo que debe ser un gran alivio para usted. Su esposa es una mujer muy buena, muy amante y, sobre todo, muy mal comprendida.

Ferguson se levantó con una exclamación de alegría.

—Pruébelo, señor Holmes, le quedará eternamente agradecido.

—Así lo haré, aun sabiendo que lo voy a herir profundamente en otro sentido.

—No me importa mientras pueda justificar a mi mujer. Todo el mundo me parece insignificante comparado con esto.

—Voy a exponerle los razonamientos tal como se me fueron ocurriendo en Baker Street. La idea del vampirismo me pareció absurda. Esas cosas no se dan en nuestra criminología. Y, sin embargo, sus observaciones eran exactas. Usted había visto levantarse a la señora de junto a la cuna del niño con los labios ensangrentados.

—Así es.

—¿No se le ocurrió a usted que podía chupar aquella herida con otro fin muy distinto que el de sorberle la sangre? ¿No hubo una reina de Inglaterra que chupaba una herida semejante para extraer de ella el veneno?

—¿Veneno?

—La decoración de su casa es de estilo sudamericano. Mi instinto ya presintió la presencia de las armas que hay en la pared, aun antes de verlas. Pudo haber otro veneno, pero jamás me

hubiese venido a las mientes. Cuando vi vacío aquel pequeño carcaj que hay al lado de las flechas de pájaro, hallé lo que había esperado. Un pinchazo dado al niño con uno de estos dardos bañados en curare o cualquier otro veneno endiablado hubiera significado su muerte, si no se extraía el tóxico de la herida.

”Y lo natural es que si uno quería usar este veneno lo probase antes para asegurarse de que no había perdido su fuerza. Lo del perro no lo preví, pero al fin lo he comprendido y me ha servido para mi reconstitución.

”Ahora, ¿lo entiende usted? Su esposa temía un ataque de esta clase. Al fin sucedió según sus aprensiones, y salvó la vida del niño; y, no obstante, evitó decirle a usted la verdad, porque sabe cuánto quiere usted a su hijo mayor y no quería destrozarle el corazón”.

—¡Jacky!

—Lo he observado mientras usted acariciaba al niño hace unos momentos. Su semblante se reflejaba en el cristal de la ventana, al que el mismo postigo servía de fondo. Revelaba tanta envidia, tal odio cruel, como raras veces lo he visto en un rostro humano.

—¡Mi Jacky!

—Es un nuevo dolor que debe usted afrontar, señor Ferguson, más terrible por lo mismo que todo ello es debido a un cariño exagerado hacia usted y tal vez hacia su madre muerta. El alma de este niño, cuya salud y belleza contrastan con su debilidad, se halla consumida por el odio.

—¡Gran Dios! ¡Es increíble!

—¿He dicho la verdad, señora?

La dama sollozaba, con la cara oculta entre las almohadas. Ahora se volvió hacia su esposo.

—¿Cómo podía decirte yo eso, Bob? Comprendí el golpe que eso representaría para ti. Era preferible esperar, y que fueran otros

los que te informaran. Cuando este caballero, que parece tener poderes sobrenaturales, me escribió que lo sabía todo, me alegré.

—Yo le prescribiría un año de viaje por mar al señor Jacky —dijo Holmes, levantándose de la silla—. Sólo queda una cosa oscura aún, señora. Comprendemos perfectamente sus acometidas al señor Jacky: la paciencia de una madre tiene sus límites; pero, ¿cómo se atrevió usted a dejar solo al niño durante estos dos últimos días?

—Se lo había contado todo a la señora Mason.

—Así me lo había imaginado yo.

Ferguson estaba de pie junto a la cama, retorciéndose las manos temblorosas.

—Creo que ha llegado el momento de retirarnos, Watson —dijo Holmes, en voz baja—. Si quiere usted coger de un brazo a la fiel Dolores, yo la cogeré del otro. Bueno, ahora —añadió cuando hubimos cerrado la puerta detrás de nosotros— me parece que debemos dejar que ellos resuelvan lo demás.

Sólo tengo otra nota referente a este caso. Es la otra carta que Holmes escribió como contestación a la que sirve de principio a este relato. Es como sigue:

Baker Street, noviembre 21.

LA CAUSA DE LOS VAMPIROS

Señor: En contestación a su carta del 19, tengo el honor de hacerle presente que me he ocupado de la investigación de su cliente, el señor Ferguson, de la entidad Ferguson y Muirhead, exportadores de té, de Mincing Lane, y le participo que el asunto ha llegado a una conclusión satisfactoria.

Agradeciéndole su recomendación, me reitero de ustedes atte.,
Sherlock Holmes.